

CANSADOS DE TRAJINAR AUTOS  
DE SEGUNDA MANO POR CAMINOS TERROSOS<sup>1</sup>

A propósito de *No era yo esa persona* de Cristian Cruz, Ediciones Inubicalistas, 2021

Por Claudio Guerrero

Leo de manera discontinua, durante varios días, como degustando de a poco, los poemas del último libro de Cristian Cruz (San Felipe, año fatídico de 1973), hasta que al fin me detengo en el plano completo. En el repertorio caótico de imágenes que se suceden me estaciono en aquellos acontecimientos cotidianos que relumbran con inesperada espesura, mitificando la experiencia. En aquellos materiales desplegados al interior de la morada dispuestos sin un orden aparente, pero que en su enumeración enmarañada conforma un paisaje definido: el espacio de creación del poeta. En esos estados de catástrofe que suman interrogantes, desavenencias y perplejidades y que suelen aparecer bajo la apelación a un otro, una otra, igualmente perplejo, igualmente dislocado, igualmente en un indefinible desacomodo. Evidentemente, habrá otras opciones a manejar que el gusto del lector sancionará según su propio cotejo.

A esta hora del día en que la habitación donde se escribe parece un santuario con sus propias reglas, recaigo en la certeza de que la mayoría de estas imágenes remiten a una idea de cataclismo que asola el entorno de vida del sujeto poético. Un sujeto en estado de alerta, a la deriva, atento a su cuota de pesca, que es finalmente aquello que lo mantiene vivo: el remanente que la producción industrial deja como residuo, el espacio liberado de mar para poder chapotear libremente en el agua, la fricción y la fuerza del sonido y su saldo en el tacto:

*No importa la forma en que bracees  
el estilo es la resistencia;  
/estética de las olas dando en los roqueríos.*

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en <http://letras.mysite.com/ccru290721.html>

*El golpe, el sonido,  
la brisa húmeda en tu cara son un buen inicio. (39)*

Todo en estos poemas remite a una resistencia, algo extensivo a la poética completa de Cruz desde la construcción inicial, ese *Pequeño país* de hace ya dos décadas. Cómo llevar a cabo un proyecto escritural sin mancharse con la centralidad poética. Cómo operar un margen trascendente, vital, con *un buen inicio*. Cómo hacer música cuando escasea la música de fondo. La poesía de Cruz es como la de esos vendedores viajeros que transitan caminos terrosos en autos desvencijados, con los cuales apenas pueden sortear unos cuantos villorrios: “Estos tipos aparecieron en la ruta, / cansados de trajinar en autos de segunda mano. / Pienso en los caminos terrosos de la provincia” (23). Entre el mito y un presente insostenible. Entre la anacronía lejos de la nostalgia y un aquí y ahora vitalista que se detiene empáticamente en el entorno circundante, por más pobre que parezca, el sujeto se detiene a contemplar toda belleza. La resistencia se vuelve un acto mítico: “Sin optimismos ni fracasos / un asunto de fe” (37).

El despliegue escénico que promueve *No era yo esa persona* propone un recorrido por un paisaje aparentemente ruinoso, compuesto por esos “cuatro o cinco poetas / [donde] cada uno sentía pena del otro” (38). Un paisaje a veces celebratorio, a veces nefasto, a menudo una derrota aplastante, pero que posibilita y empuja la fuga: “A qué ciudad partir entonces / a qué país dirigir nuestros pasos” (38). Ese trajín que propone esta poesía es la esencia de su trama. La pregunta, por ejemplo, que instauraba el libro anterior: *Dónde iremos esta noche*. La incitación al viaje. Una partida continua por un universo construido a retazos, por saldos, orillero, orillando, residual, lanzándose en benji o con una “cerveza ucraniana de trescientos pesos” (41) en la mano. Lo mismo descreyendo de las formas correctas de escribir, de los temas trascendentes o de moda, como sospechando de todo estatuto de autoridad.

A contrapelo de las fuerzas hegemónicas que vuelven todo homogéneo, la poesía de Cruz es aire fresco, aire de montaña, aire amistoso, pero también de borrasca que refriega la cara. Cada nuevo libro de Cruz es un brindis más cerca del abismo. No podemos sino celebrar.

